

Fernando Díaz Villanueva

HISPANOS

Breve historia de los pueblos
de habla hispana

Índice

<i>Prólogo</i> . Por Alberto Garín	11
<i>Léase antes de empezar</i>	17
CAPÍTULO I. HISPANIA ROMANA	19
CAPÍTULO II. HISPANIA GODA	39
CAPÍTULO III. HISPANIA PERDIDA	63
CAPÍTULO IV. HISPANIA RECOBRADA	83
CAPÍTULO V. HISPANIA NOVA	113
CAPÍTULO VI. HISPANIA ROTA	157
CAPÍTULO VII. HISPANIA GRANDE	203
<i>Bibliografía seleccionada</i>	221

PRÓLOGO

Por Alberto Garín

¿Se puede escribir una historia común de los hispanos considerando a estos como todos aquellos que habitaron la vieja Hispania romana desde el siglo III a. C. a la actualidad más las otras Hispanias que se crearon en América a partir del siglo XVI?

Lo ambicioso no es establecer el relato del pasado de todos los países que hoy conforman esas Hispanias de Europa y América. Podríamos limitarnos a poner una junto a otra una treintena de historias nacionales.

Lo ambicioso es considerar que se puede escribir una historia común a todos esos hispanos por el hecho de considerar que hay tal homogeneidad entre todos ellos que existe esa historia común que prevalezca sobre las historias locales.

Ese es el empeño que se ha propuesto Fernando Díaz Villanueva en este libro.

Los detractores no han de tardar en llegar, incluso antes de pasar de esta primera página.

Por un lado, los defensores de los estados-nación, aquellos que consideren que, por ejemplo, México, Perú, Portugal o República Dominicana tienen personalidades tan definidas que integrarlas en un marco más amplio es imposible.

Por otro, los que consideren que las historias las hacen las personas, con nombres y apellidos (millones y millones de personas con millo-

nes y millones de nombres y apellidos) y no grupos indefinidos donde esas personas se diluyen. En este grupo me encuentro yo mismo.

Y me encuentro yo mismo a pesar de que he seguido la elaboración de este libro desde el primer día que a Fernando se le ocurrió la idea de hacer una historia de los hispanos.

La idea inicial parecía atractiva. Curiosamente, el final de la historia. Si seguíamos lo que había ocurrido en la península ibérica y en Hispanoamérica desde las independencias de los 1820s, veíamos muchos paralelismos: las guerras civiles de las décadas centrales del siglo XIX; las revoluciones liberales del último cuarto de ese siglo XIX que habían traído un periodo de prosperidad que llegó hasta el final de la Primera Guerra Mundial; los caudillos totalitarios de los 1920-1930 como primera reacción al inicio de los movimientos de la izquierda revolucionaria; las dictaduras militares durante la Guerra Fría.

Sí, había una serie de dinámicas tan similares entre todos esos países (cierto, con alguna breve excepción) que era difícil dejar de pensar que acaso, fruto de una historia común, esas similitudes eran inevitables.

El reto era entonces definir cuál era esa historia común que había terminado por hacer triunfar las similitudes frente a las diferencias. Y esto es lo que ha querido resolver Fernando en este libro.

El punto de partida no por conocido y, en principio, evidente, deja de ser importante. Desde el siglo III a. C., los ejércitos romanos empiezan a ocupar la península ibérica, un territorio que pese a las diferentes divisiones administrativas que tuvo, fue siempre visto como un lugar de características propias, esa península separada del resto de Europa por los Pirineos, a la que llamaron Hispania. No podemos negar que los romanos tuvieron buen ojo para encontrar regiones geográficas con una personalidad tan fuerte que sus habitantes terminaban por asumir esa singularidad. El caso de Hispania no es único. Ocurre lo mismo con Italia, esa península al sur de los Alpes, de origen heterogéneo (como Hispania), pero que con la romanización hizo que sus habitantes se vieran a sí mismos viviendo en un lugar común.

Obviamente, más allá del corsé geográfico, hubo una serie de vicisitudes propias de Hispania que le pudieron dar más carácter. El latín evolucionó allí de una forma determinada hacia varias lenguas romances con grandes similitudes entre ellas, aunque solo fuera por el hecho de ser fronteras las unas con las otras. Las instituciones romanas, que, como el latín, homogeneizaron todas las instituciones previas, se volvieron más hispanas cuando desde el siglo VI quedó establecido un reino único en toda la península ibérica, el de los visigodos.

Y ese proceso de singularización se acentuó aún más cuando el reino hispanogodo fue sustituido por el emirato cordobés. Es decir, la geografía no determinaba a los hispanos, pero las sucesivas entidades estatales se fueron ajustando a esa geografía y agudizando la singularidad hispana.

Curiosamente, la siguiente etapa es en el momento que políticamente Hispania está más dividida, pero los reinos cristianos del norte se dedicaron a crecer siguiendo una dinámica muy similar haciendo retroceder a los reinos islámicos del sur. Y aunque podemos distinguir hasta cinco grandes reinos cristianos (Portugal, León, Castilla, Navarra y Aragón), varios de los monarcas de todos esos reinos se definieron a sí mismos como hispanos. Es decir, reconocieron que más allá de que Hispania-España fuera una realidad política, los que sí eran reales era los elementos en común que tenían todos esos cristianos hispanos.

Terminada la reconquista, esos cinco reinos ya reagrupados en solo dos (Portugal, por un lado, y Castilla y Aragón, por otro) se dedicaron, desde finales del siglo XV, a exportar la hispanidad fuera de Europa (otros reinos europeos lo harían más tarde, pero siguiendo la senda de estos dos), una exportación que de todos los lugares donde se intentó imponer, solo cuajó (para portugueses y españoles) en América. ¿Qué se exportó? Para empezar, ese latín deformado en Hispania que había generado media docena de idiomas cercanos, siendo los dos mayoritarios el castellano y el portugués. Después, la religión cristiana en su variante católica. Pero también todo el aparato insti-

tucional de organización del territorio de origen romano y que se había perfeccionado durante la reconquista: el derecho romano pasado por el tamiz visigodo, el sistema de adelantados, los cabildos municipales o las órdenes religiosas como cabezas de la repoblación. El resultado final era un mundo donde todos se reconocían, se entendían y los intercambios eran fluidos.

En esencia, este es el relato que va a tratar de explicarnos Fernando y que nos lleva a esa historia común contemporánea. Habiendo crecido con las mismas raíces, es normal que los frutos se asemejen.

Ahora bien, ¿estamos convencidos de que lo que plantea Fernando es acertado? ¿O ha hecho una selección consciente de determinados hechos, un *cherry picking*, que le permita refrendar su hipótesis de partida?

Porque de la misma manera que ha puesto el foco en los elementos en común, podríamos haberlo hecho en aquellas que separan. Después de todo, no hubo un latín hispano, sino varios. Es cierto que los reinos cristianos se esforzaron en ganarle terreno a los musulmanes, pero algunos de esos reinos se dieron pronto de baja y miraron a otro lado: Navarra se volvió hacia más allá de los Pirineos, Aragón se fue por el Mediterráneo adelante. Y si bien es cierto que Felipe II logró reunir todos los territorios de la península ibérica a partir de 1580, un poco más de medio siglo después comenzaron los intentos secesionistas, con la separación de Portugal, intentos secesionistas que perviven hasta hoy (con casos como Cataluña o las Vascongadas).

El problema, al final, es construir una historia con categorías tan amplias, como los hispanos, que pueden quedarse vacías de contenido si tratamos de profundizar.

¿Esto quiere decir que el empeño de Fernando es baldío?

En absoluto. En realidad, es una propuesta atractiva. Porque, recordando por dónde empezamos, sí hay una historia sugerentemente común entre las Hispanias de Europa y América en los siglos XIX y XX que nos ha de hacer reflexionar.

Pero, además, hay una serie de grandes preguntas de nuestro pasado que Fernando plantea en este libro y a las que hemos de saber enfrentarnos.

Por ejemplo, la influencia islámica. ¿Cuál es el peso real en la historia de esos hispanos? Sí, hay términos de origen árabe en las lenguas españolas (unos cuantos), y hay grandes y hermosas manifestaciones artísticas del mundo islámico repartidas por toda la península ibérica. Pero en los fundamentos que hemos heredado hoy, cuánto ha quedado de lo islámico en el derecho, la institucionalidad, las creaciones culturales o los hábitos de los hispanos contemporáneos. Porque sería como si los hispanos de hoy se declarasen inevitablemente anglosajones porque hay una gran cantidad de hábitos en la vestimenta, la música, el mobiliario doméstico, el cine o la comida actual que vienen de Estados Unidos.

O, por ejemplo, el relativo retraso que Hispanoamérica muestra frente a la Europa occidental o América del norte, ¿es el resultado de su herencia hispánica o de su empeño por deshacerse de esa herencia? Las formas de gobierno de buena parte de las repúblicas hispanoamericanas, en muchos casos réplicas de las construcciones políticas de la Revolución francesa, ¿fueron un motor de desarrollo, o supusieron un freno al desmontar la institucionalidad previa hispana?

Como vemos, por más que queramos huir de categorías genéricas como lo hispano, estas vuelven una y otra vez a la mesa de discusión. De modo que leamos este libro de Díaz Villanueva, y veamos cómo resuelve esta porfía, o, al menos, como nos da nuevos argumentos para seguir debatiendo.

Vegas de Matute, 20 de enero de 2023

LÉASE ANTES DE EMPEZAR

A mediados del siglo XIII Rodrigo Jiménez de Rada, un religioso navarro que llegaría a ser canciller mayor de Castilla y arzobispo de Toledo, puso punto final a su *De rebus Hispaniae*, algo que podríamos traducir como historia de las cosas acaecidas en España. No era la primera crónica que se hacía sobre el particular, pero sí la más completa hasta ese momento. Jiménez de Rada servía al monarca castellano y bien podría haberse limitado a glosar las hazañas de los reyes de Castilla, pero era bien consciente de que ese reino formaba parte de algo de mucho mayor alcance, por lo que era necesario dar al lector una visión de conjunto para que todo lo allí expuesto cobrase sentido. Se remontó hasta los tiempos de Roma, transitó con gran puntilliosidad sobre el reino visigodo y luego relató el modo en el que la península ibérica había sido invadida obligando a los cristianos de Hispania a recuperar el terreno perdido, trance en el que se encontraban en el momento de la publicación del libro. Esta crónica de Jiménez de Rada creó escuela, su original en latín se tradujo a varias lenguas y sirvió de base para la *Estoria de España*, la gran crónica que, unos años más tarde, encargó Alfonso X el Sabio, escrita ya en romance para que fuese entendida por cualquiera capaz de leer. La voluntad de ambos, el obispo y el rey, era dar una visión general que permitiese a los contemporáneos saber qué había pasado, cómo habían ido sucediéndose los acontecimientos y el modo en el que se

interrelacionaban entre sí, es decir, la esencia misma de cualquier ensayo histórico, incluyendo este que se dispone a leer.

Hispanos no es una historia de España o de Portugal, de México, Brasil, Chile, Colombia o Argentina al modo en el que hoy las entendemos, sino una historia del recorrido que los hispanos han realizado a lo largo de más de dos mil años. Por hispanos hay que entender no solo a los que comúnmente se conoce como hispanohablantes, sino a todos los que hablamos una lengua originada en Hispania, denominación que aplicaron los antiguos romanos al confín más occidental de su imperio. Fue entonces cuando nuestros antepasados adoptaron el gentilicio, la lengua latina y todas las formas culturales que la acompañaban. Tras la caída del imperio romano esa lengua y esa cultura evolucionó por su cuenta dando origen a una serie de pueblos culturalmente emparentados que crecieron, prosperaron y se expandieron por todo el mundo, unas veces chocando entre sí y otras cooperando. Hoy se trata de una comunidad cultural muy numerosa asentada en tres continentes, enriquecida con todo tipo de influencias externas y cuya evolución no se ha detenido.

Sé que la empresa es ambiciosa, pero precisamente por eso me interesa acometerla. Será usted, amable lector, quien determine si la he culminado con éxito.

Capítulo I

HISPANIA ROMANA

En el año 218 a.C. la república romana se encontraba en guerra con Cartago. A esta guerra se la conoce hoy como segunda guerra púnica. Lo de púnico viene del gentilicio con el que los romanos se referían a los cartagineses. Les llamaban *poenus*, término que habían tomado prestado a los griegos, quienes se referían a los habitantes de Cartago como *phoinikós*, es decir, fenicios. Los cartagineses habían llegado a Cartago, enclavada cerca de la que hoy es capital de Túnez, desde la ciudad fenicia de Tiro. Eran navegantes muy capaces y se dedicaban al comercio como todos sus antepasados, pero en el Mediterráneo occidental emprendieron también una activa política expansionista. Estos fenicios de Cartago no tardaron en costear hasta poniente por el litoral africano, una ruta esta bien conocida desde antiguo que servía para conectar el Mediterráneo, un mar interior, con el océano Atlántico. Habían sido, de hecho, los fenicios quienes, en sus muchas singladuras por las costas occidentales del Mediterráneo, habían situado puestos comerciales en la costa ibérica que con el correr de los siglos terminaron siendo ciudades que hoy son bien conocidas como Alicante o Cádiz.

Estos establecimientos fenicios eran factorías, es decir, lugares, generalmente al abrigo de algún accidente natural en el que instalaban un fondeadero y algunas instalaciones en tierra para intercambiar productos traídos de Oriente por los locales. No les había interesado

o carecían de la capacidad de penetrar en el interior de la más occidental de las penínsulas, pero sabían que allí había indígenas dispuestos a comerciar con las riquezas, especialmente las minerales, extraídas en las minas de las serranías ibéricas. Los cartagineses fueron un paso más allá que sus abuelos y quisieron dominar aquellas tierras indómitas pero muy ricas con las que llevaban siglos comerciando. La península ibérica y el continente africano forman un arco montañoso que va aproximándose hasta confluír en el estrecho de Gibraltar. A eso hoy se le conoce como el mar de Alborán y es la antesala del Mediterráneo cuando se accede desde el océano. Es un mar bien ventado, pero asequible y con buen tiempo la práctica totalidad del año. Tampoco es muy grande. De norte a sur su anchura máxima es de unos 180 kilómetros y de este a oeste de unos 300. Los fenicios, como los griegos durante la misma época, sabían llegar hasta allí, echar el ancla, intercambiar lo que fuese menester con los nativos y hacer buenos negocios, pero no sería hasta el siglo III a.C. cuando una potencia externa decidiese emprender una conquista en serio de estas remotas tierras ubicadas en el extremo occidental del mundo conocido.

En el año 227 a.C. un cartaginés llamado Asdrúbal Barca fundó la ciudad de Qart Hadasht, que en lengua púnica significaba ciudad nueva. Con el correr del tiempo esa Qart Haddasht pasaría a llamarse Cartago Nova (nueva Cartago) y luego Cartagena. La intención de Asdrúbal y sus cartagineses iba algo más allá del mero comercio, querían participar del festín apropiándose de algunas minas y ser ellos mismos quienes las regentasen ahorrándose así un intermediario. Los cartagineses controlaban ya una tupida red comercial desde el levante hasta pasado el estrecho de Gibraltar, por lo que necesitaban mantener un suministro constante de metales. El emplazamiento que eligieron para Cartagena tenía algunas ventajas que ningún otro lugar ofrecía. Cuenta con un puerto natural de aguas profundas fácilmente defendible, está relativamente cerca de las zonas mineras del arco ibérico y dista tan solo 200 kilómetros de la costa del norte de África. No es casual que la ciudad siguiese siendo de gran importancia en los

siglos venideros y que hoy en ella se encuentre una de las bases de la Armada española. Tampoco es casual que, cuando en 1502 el explorador sevillano Rodrigo de Bastidas se hizo a la mar para cartografiar la costa norte de lo que hoy es Colombia, al ver una bahía cerrada y bien protegida la bautizó como Cartagena. Años más tarde, y para distinguirla de la Cartagena del Mediterráneo, se quedó con lo de Cartagena de Indias. Hoy es la quinta ciudad más poblada de Colombia y una de las más bellas de todo el continente americano.

Pero no nos vayamos tan lejos. En el año 218 a.C. los cartagineses, ya firmemente instalados en la península ibérica, se enfrentaron con los romanos. Era, como decía más arriba, la segunda vez que lo hacían. Hubo una primera guerra púnica que se libró entre los años 264 a.C. y 241 a.C. Se disputaron Sicilia, que queda a corta distancia de la costa africana y cuyo control ambos ambicionaban. La victoria romana fue aplastante. Cartago tuvo que entregarles el control de Sicilia y eso en buena medida les empujó a profundizar sus campañas en la península ibérica. Fue a raíz de aquello cuando fundaron Cartagena y se derramaron por el interior de la península buscando alianzas con los caudillos locales.

Para los generales cartagineses aquello que se traían con los romanos no había terminado. Anhelaban la revancha, aunque eran conscientes de que les haría falta tiempo, no menos de una generación, para fortalecerse y pasar al contraataque. Aníbal Barca, miembro de una influyente familia de generales cartagineses, concibió un plan que borraría Roma del mapa. Primero tenía que provocar a los romanos para que estallase la guerra y luego, pillándoles desprevenidos, se dirigiría a Italia por tierra con un gran ejército. La primera parte del plan le salió bien. Tras la primera guerra púnica cartagineses y romanos se habían repartido las áreas de influencia en el Mediterráneo occidental. Roma sería la dueña de la península itálica, de Córcega, de Cerdeña y de la costa que va del delta del Ródano hasta el del Ebro. Cartago se quedaría con lo demás.

Pero los romanos carecían de presencia física más allá de la propia Italia, así que todo lo más que podían hacer era cerrar acuerdos

de amistad con las poblaciones costeras. Uno de esos acuerdos los sellaron con una ciudad ubicada al sur de la desembocadura del Ebro llamada Sagunto. A Aníbal aquello le parecía motivo más que sobrado para provocar el conflicto, así que se presentó ante las puertas de Sagunto con un ejército formado por cartagineses y tribus íberas, puso sitio a la ciudad y la rindió después de un largo asedio. Al llegar a Roma las noticias de cómo los cartagineses habían atacado a sus aliados saguntinos, el Senado concluyó que había que dar una respuesta firme e inmediata. De lo contrario los cartagineses no tardarían en cruzar el Ebro y continuar hacia arriba entrando de lleno en el área de influencia romana. Eso mismo, de hecho, era lo que pretendía Aníbal. Lo de Sagunto le había servido como advertencia y no solo para los romanos. Cualquier localidad costera evitaría oponer resistencia sabiendo lo que les pasaría si lo hacían.

Los romanos se plantearon dos frentes. Uno en el sur desde Sicilia para atacar directamente a su capital, Cartago, y otro en la península ibérica. La armada cartaginesa no podía hacerles frente en el mar así que toda la operación tenía que ser terrestre. Aníbal partió de Cartagena con un gran ejército con la intención de llevarlo hasta la misma Roma. Eso implicaba recorrer unos dos mil kilómetros, vadear grandes ríos como el Ebro o el Ródano y atravesar dos cordilleras imponentes, la de los Pirineos y la de los Alpes. Un movimiento así no se lo esperarían los romanos, que habrían enviado lo mejor de su ejército al sur y a tratar de darle caza en la península ibérica. Era un plan arriesgado, pero si funcionaba haría desaparecer a la república romana para siempre. El movimiento de Aníbal sorprendió ciertamente a los romanos, pero no modificaron su plan. Los hermanos Cneo y Publio Escipión se dirigieron hacia el oeste y el primero de ellos desembarcó en la colonia griega de Ampurias en el año 218 a.C.

A esa parte del mundo los romanos la conocían como Hispania y a sus habitantes de manera genérica como hispanos. No sabemos a ciencia cierta de dónde proviene el término. De los griegos, que tantas palabras dieron a los romanos, no viene. Los griegos denominaban a las tierras de poniente como Iberia, seguramente por el río

Íber, que bien podría ser el mismo Ebro u otro situado más al sur. No tenemos ni idea de por qué la bautizaron con ese nombre, pero sí sabemos que, en el otro extremo del Mediterráneo, al sur del Cáucaso, los antiguos griegos llamaron Iberia a lo que hoy es el interior de Georgia. Los romanos conocían la terminología griega y la empleaban a menudo, es por ello por lo que en los textos latinos se encuentran referencias a Iberia, pero les debió gustar más la denominación Hispania. Ambas han llegado hasta nosotros y sirven para referirse de forma desapasionada y precisa a los naturales de la península ibérica o de las tierras que colonizaron siglos más tarde al otro lado del océano. Es, de cualquier modo, un completo misterio el origen de la palabra en sí. Eso ha dado lugar a infinidad de hipótesis. La más común, quizá porque la dejó por escrito Isidoro de Sevilla en el siglo VI, es que eso de Hispania viene directamente de los cartagineses, que llamaban a la península «Ispanim». En púnico conejo se decía «spn» y se cree que lo pronunciaban «sapan», literalmente tierra de conejos, un pequeño y simpático mamífero que abundaba y sigue abundando en esta parte del mundo. Una teoría posterior, ya del siglo XVIII, va en una dirección muy distinta. El alfabeto púnico carecía de vocales por lo que no sabemos cómo pronunciaban la palabra «spn», pero sí sabemos que norte se decía de forma muy similar, algo parecido a «span». Los cartagineses habían llegado a Hispania desde el sur, por lo que es posible que se refiriesen a ella simplemente como «el norte». Otra hipótesis mucho más reciente apunta a que el Hispania latino deriva directamente del «I-span-ya» cartaginés que significaría isla de los metales. Las tres son perfectamente posibles y nos vendrían a decir que los hispanos somos los que habitamos las tierras del norte, la de los conejos o la de los metales. Seguramente no lleguemos a saber nunca de dónde proviene la palabra Hispania, lo que sí sabemos es que los romanos la emplearon desde muy temprano para poner nombre a todo lo que venía de este confín, por aquel entonces aún relativamente remoto, del mar Mediterráneo.

Volviendo sobre la historia que sí tenemos bien documentada, la segunda guerra púnica la volvieron a ganar los romanos, Aníbal fue

derrotado en Italia después de muchos años tratando de apoderarse de Roma. La puntilla se la dieron cerca de casa, en África, en la batalla de Zama, donde hábilmente llevaron los romanos la guerra en el año 202 a.C. Cartago volvió a ser humillada, Aníbal se exilió a Asia Menor e Hispania cayó en la esfera de influencia de Roma.

La Hispania que se encontraron los romanos era un batiburrillo de pueblos, generalmente mal avenidos entre ellos y separados por las formidables barreras montañosas que hay en el interior de la península. No tardaron mucho los Escipiones y todos los que vinieron tras ellos en advertir que Hispanias había muchas y que la extensión de aquella península era mucho mayor que la de Italia o Grecia que conocían mucho más de cerca. Con casi 600.000 kilómetros cuadrados la península ibérica dobla en superficie a la itálica, pero es geográficamente más variada. Está separada, como sucede con Italia, del resto del continente europeo por una abrupta cordillera, la de los Pirineos, cuyos picos más elevados superan holgadamente los 3.000 metros de altura. Su interior no es menos áspero y arriscado. Un total de cuatro grandes cordilleras la atraviesan de oeste a este formando grandes valles fluviales, a lo que hay que sumar otra más que la atraviesa en diagonal desde el mar Cantábrico al Mediterráneo. El centro de la península está formado por una meseta cuya altitud oscila entre los 500 y los 800 metros de altura media sobre el nivel del mar. Las costas son escarpadas en el norte y allá donde las montañas se precipitan sobre el mar, algo relativamente común en prácticamente todas las regiones de la península. Los grandes ríos son más largos que los italianos, pero de escaso caudal y difíciles, cuando no imposibles, de navegar por falta de agua o por traicioneros rápidos. Exceptuando el fondo de los valles donde se han ido depositando capas de sedimentos y se puede construir un sistema de riego, los suelos son rocosos y pobres, poco propicios para sostener comunidades humanas numerosas que vivan de la agricultura y la ganadería, que es de lo que vivieron nuestros antepasados hasta hace no mucho tiempo.

El clima peninsular es también muy variado y propenso a los extremos. El propiamente mediterráneo de veranos cálidos e invier-

nos templados al estilo italiano solo se da en la estrecha franja costera del Mediterráneo y ni siquiera en toda, en la del suroeste es de tipo desértico con precipitaciones muy escasas que, para colmo de males, cuando se presentan, lo hacen de forma torrencial. En el interior es clima frío durante los inviernos y cálido durante los veranos. En ambas estaciones es seco. Solo el noroeste y la cornisa cantábrica reciben suficiente precipitación, pero es la zona más montañosa de la península y a la que más tardó en llegar la civilización. Es también la costa norte la más recortada y la mejor dotada de puertos naturales en sus rías. La del Mediterráneo no es tan afortunada, abundan las playas seguidas de un pequeño llano a menudo ocupado por humedales estancados y, a renglón seguido, las montañas.

A cambio de todas esas maldiciones, las serranías ibéricas eran ricas en metales, algunos modestos como el plomo o el cobre, y otros mucho más valiosos como la plata y el oro. Tanto los griegos como los fenicios lo que habían ido a buscar a Hispania era eso mismo: plata y oro para alimentar el activo comercio del Levante mediterráneo y el creciente fértil. Eso los romanos lo sabían de primera mano. Hispania era un galimatías étnico, orográfico y climático, pero su posición en el extremo del mundo conocido y la proverbial riqueza de su subsuelo convertían aquella lejana península en un caramelo para cualquiera que quisiese levantar un imperio. Los cartagineses de Amílcar y Aníbal Barca lo habían intentado, pero les faltó tiempo y les sobró orgullo, Roma se interpuso en su camino y serían los romanos los encargados de meter a Hispania y a sus habitantes en la historia por la puerta grande.

El primer problema con el que se encontraron los romanos en Hispania era su formidable tamaño. Solo la costa mediterránea peninsular tiene más de 2.000 kilómetros, 1.500 más si contamos la de las islas Baleares, un archipiélago formado por cuatro islas habitables fáciles de alcanzar desde la península en una breve travesía. Exceptuando los valles del Guadalquivir y el Ebro, que se abren al golfo de Cádiz y al Mediterráneo respectivamente, el interior de la península era conocido, pero no demasiado. No había un solo camino fácil.

Llegar más allá de la meseta, donde se levantan las altas montañas del Cantábrico, implicaba largos viajes por comarcas habitadas por indígenas a menudo belicosos y con los que, incluso para comerciar, costaba entenderse porque estaban muy atrasados.

Eso no desanimó a los romanos que, desde el primer momento, decidieron extender sus dominios a Iberia. En el año 197 a.C. crearon dos provincias hispanas: la Hispania Citerior, es decir, la más cercana a Roma y la Ulterior, la más lejana. La Citerior iba de los Pirineos hasta pasado el puerto de Cartagena, la Ulterior se correspondería a grandes rasgos con lo que hoy es Andalucía. Para gobernar ambas provincias designaron dos capitales. La de la Citerior sería Tarraco, la actual Tarragona, la de la Ulterior sería Corduba, que hoy conocemos como Córdoba. En ambos casos había asentamientos indígenas en las cercanías y los recién llegados aprovecharon el lugar para fundar una ciudad de tipo romano con sus calles ordenadas en damero, sus edificios públicos y sus acometidas de agua fresca en vistosos acueductos.

Tarragona sería una ciudad abierta al mar, levantada sobre un promontorio en cuyo extremo se construyó un puerto. Tarragona está aproximadamente en la misma latitud que Roma, por lo que se podía navegar desde allí hasta la capital a través del estrecho de Bonifacio que separa Córcega y Cerdeña en unas pocas jornadas. Córdoba era una ciudad fluvial en el curso medio del río Guadalquivir. El valle del Guadalquivir era probablemente la región más rica y civilizada de la Hispania del siglo II a.C. Lo habitaban varias tribus que los romanos dieron en llamar oretanos, bastetanos y turdetanos. Estos últimos eran los más avanzados gracias al contacto que, gracias al río y a las factorías costeras de los fenicios, habían tenido con las civilizaciones del Levante mediterráneo. Córdoba quedaba también relativamente cerca de los ricos filones de plata de Sierra Morena y desde ahí se podían controlar los pasos de montaña que conducían a la meseta central.

Estos primitivos hispanos que se encontraron los romanos estaban organizados en tribus más o menos poderosas y más o menos

ricas en función del espacio que ocupaban y de la relación que mantenían con los pueblos llegados desde el Mediterráneo. Los romanos fueron poniendo nombre a todos ellos en sus crónicas, muchas de ellas dedicadas a glosar las guerras de conquista que, un general romano tras otro, libraban para ir ganando terreno. No fue una conquista cómoda. El mismo año en el que establecieron las dos provincias el procónsul de la Citerior se las tuvo que ver con una revuelta de los íberos locales, a quienes no les parecía buena idea tener un amo cuando hasta ese momento no habían tenido ninguno. Poco después la revuelta se produjo en la Ulterior y los romanos tuvieron que abandonarla temporalmente para regresar después con refuerzos y asegurar la provincia.

Podrían los romanos haberse quedado ahí, a fin de cuentas, eran los dueños de lo único que merecía realmente la pena en Hispania, pero sus planes a largo plazo eran más ambiciosos. Sabían del desafío que suponía apoderarse de una península de aquellas dimensiones, de geografía tan endemoniada y poblada por no muchos, pero sí muy valientes guerreros. Pero eso no les amilanó. Intuyeron que el precio a pagar por una conquista que se prometía prolongada en el tiempo estaba sobradamente justificado. La conquista romana de Hispania duró dos siglos. Hubo periodos en los que avanzó con mucha rapidez y otros en los que permaneció estancada ya que Roma también tenía sus propios problemas internos. En aquella época se encontraba, además, conquistando otras regiones del Mediterráneo que a menudo detraían los recursos necesarios para continuar con las campañas hispanas. Como sucede en muchas grandes historias, la conquista romana de Hispania tuvo un arranque complicado durante los primeros años. Luego, tras el control de la franja costera mediterránea y del valle del Guadalquivir pusieron sus ojos sobre lo que denominaron Lusitania, una amplia región ya al norte de Sierra Morena que se extendía en el curso medio de los ríos Tajo y Guadiana. La conquista de Lusitania fue rápida y permitió a los romanos tomar la medida a las tribus que habitaban el interior de la península. Eran gente de tierra adentro dedicada a la ganadería y

la agricultura y que se organizaba en tribus. Carecían de ciudades propiamente dichas, estaban sin alfabetizar y vivían en un estado de guerra permanente entre ellas. Encontrarse al enemigo dividido es siempre una buena noticia para un invasor. Los romanos tenían mejores armas, un ejército bien entrenado, mucha paciencia y visión de conjunto. Priorizaban el pacto a la guerra. Ofrecían un generoso acuerdo a una tribu aprovechando que estaba enfrentada con otra tribu vecina. Esa labor de información sobre el terreno se demostró de una importancia capital porque les permitió en muchas campañas ganar valiosos aliados a una velocidad asombrosa.

Entre los años 179 a.C. y 178 a.C. Tiberio Sempronio Graco, el gobernador de la Citerior, consiguió avanzar sobre el interior valiéndose de esta táctica del palo y la zanahoria. Pedía apoyo militar y un tributo a los indígenas a cambio de su protección. Tener amigos poderosos como los romanos se antojaba algo interesante para muchos de los caudillos locales. Roma no cuestionaba su poder entre los suyos, todo lo más que tenían que entregar era un tributo anual en metales o en especie y a partir de ahí podían vivir tranquilos, nadie osaría meterse con ellos. Los romanos no se percibían tampoco como un imperio lejano. Estaban presentes en la península en ciudades de nueva fundación que se apresuraban en unir con calzadas muy útiles para mover tropas por el territorio, pero también para el trasiego mercantil. Traían un alfabeto muy práctico como es el latino y les metían de lleno en un área comercial mucho mayor de la que podían sacar gran provecho a poco que se lo propusiesen. Las campañas de Sempronio Graco recorrieron casi todo el valle del Ebro hasta lo que hoy es Navarra. A mediados de siglo la práctica totalidad del valle estaba ya en manos de Roma y en su interior había dado comienzo el proceso de romanización de sus gentes.

La Lusitania no era tan sencilla como lo había sido el valle medio del Ebro. Una vez conquistada Roma hubo que defender la provincia continuamente de revueltas internas de sus habitantes. La Lusitania estaba abierta a la meseta, donde vivían pueblos como los vacceos, los vetones o los carpetanos, particularmente atrasados y,

precisamente por eso, muy reacios a llegar a acuerdos con los romanos. La Lusitania no terminó de someterse hasta la segunda mitad del siglo II a.C. Fue en esta época cuando apareció un caudillo llamado Viriato que puso en jaque a los romanos durante varios años. Finalmente fue traicionado por los suyos y retirado de la circulación. Tras ello los generales romanos penetraron en las tierras altas de la meseta, el espacio que hoy ocupan las dos Castillas y la comunidad de Madrid. La denominada guerra celtíbera no fue excesivamente larga, pero concluyó con un sonado episodio de armas: el sitio de Numancia, un asentamiento celtíbero enclavado en el curso alto del Duero junto a lo que hoy es la ciudad de Soria. Los numantinos no se avinieron a razones y decidieron resistir tras los muros de su ciudad. El Senado envió a un experimentado general llamado Publio Cornelio Escipión Emiliano que se plantó delante de Numancia y decidió sitiarla hasta que se rindiese por hambre. El asedio duró trece meses, sus habitantes tuvieron que escoger entre el suicidio o entregarse a los romanos, que los reducirían a la esclavitud en el acto. Tras ello la ciudad fue refundada y reconstruida al estilo romano. Las ruinas de Numancia que aún hoy se conservan y que hacen las delicias de los turistas que se dejan caer por allí no son celtíberas, sino romanas.

En el último tercio del siglo II a.C. la conquista se detuvo. Los romanos consolidaron las posiciones y empezaron a desangrarse en guerras civiles en las que Hispania terminaría jugando un importante papel. A principios del siglo I a.C. Quinto Sertorio fue nombrado pretor de la Hispania Citerior, poco después Lucio Cornelio Sila se hizo con el control de la república haciéndose nombrar dictador por el Senado. Quinto Sertorio pertenecía a la facción de Cayo Mario, que era su tío, y decidió resistir en Hispania. Sila envió tropas para someterle, pero Sertorio se las arregló para independizarse *de facto* de Roma apoyándose sobre la población indígena, que le reconocía como caudillo. Los sertorianos fueron derrotados por Cneo Pompeyo, pero unos años más tarde estalló otra guerra civil entre los patrios romanos. Julio César se enfrentó a Pompeyo, que se había refugiado en Grecia. César, ya entonces un prestigioso general que había

conquistado las Galias, se trasladó a Hispania para controlar sus provincias y privar de apoyos a Pompeyo, que había pasado muchos años en Hispania batallando contra Sertorio. Julio César conocía también Hispania de primera mano porque había comenzado su carrera política años antes como cuestor en la Ulterior.

Todo este ajeteo de generales romanos de primera fila que corrían a Hispania para controlar de cerca sus legiones y proteger sus riquezas es una muestra inequívoca de que para el siglo I a.C. buena parte de la península estaba ya muy romanizada. En ello había tenido mucho que ver la fundación de ciudades y la expansión del latín como lengua franca entre las diferentes tribus. El latín era un código de comunicación extremadamente ventajoso ya que una vez aprendido abría un mercado lingüístico muy amplio. No solo los romanos hablaban latín (era su lengua madre, a fin de cuentas), también lo hacían los comerciantes que llegaban por el Mediterráneo y los que cruzaban los puertos pirenaicos desde las Galias.

Durante siglos lenguas de más allá de la península como el griego o el púnico, la lengua de los cartagineses de origen fenicio, habían servido para comunicarse con los visitantes de fuera, pero solo habían tenido contacto con ella los hispanos de la costa, no habían pasado al interior ni eran lo suficientemente atractivas como para que el grueso de la población local las aprendiese y las hiciese propias. Con el latín no sucedió lo mismo. Los romanos habían llegado para quedarse y, aparte de superioridad en el campo de batalla, exhibían una cultura vibrante que a nuestros antepasados les debió de fascinar. De otro modo no se entiende que de forma voluntaria fuesen abandonando sus lenguas y dialectos para abrazar con gran decisión la lengua del invasor.

La administración romana hablaba latín, pero incluso allá donde era difícil encontrar un solo romano (recordemos que la península ibérica es de grandes dimensiones) la población indígena fue adoptando la nueva lengua. En ello tuvo mucho que ver el hecho de que cuando los primeros romanos llegaron a las costas ibéricas a finales del siglo III a.C. se encontraron con un crisol lingüístico. No todos

los indígenas de la Hispania prerromana poseían el mismo grado de desarrollo. En algunos lugares como la fachada costera del Mediterráneo o el valle del Guadalquivir la civilización había llegado mucho tiempo atrás. Los griegos habían bautizado a los pueblos de estas regiones con el sobrenombre de íberos, un simple gentilicio de una tierra a la que denominaban Iberia. Esos íberos hablaban un conjunto de lenguas que los lingüistas han dado en llamar ibérico de forma genérica.

El ibérico cubría un área muy vasta que iba del sur de la Francia actual hasta Andalucía ajustándose a la costa mediterránea. En el interior se hablaban lenguas que se conocen como celtibéricas y en el extremo occidental, desde la desembocadura del Guadalquivir hasta la costa portuguesa, el tartésico. No es mucho lo que sabemos de ellas porque desaparecieron. Allá donde habían recalado los griegos se empleaba el alfabeto griego, allá donde había cartagineses el púnico. Pero estos eran alfabetos de importación. Los íberos desarrollaron incluso un sistema de escritura, un signario propio, quizá inspirado en el fenicio, que se ha conseguido descifrar, pero no sabemos lo que querían decir ya que los especialistas en la materia no disponen de lenguas parecidas con las que establecer comparaciones. Los hispanos de aquella época, en definitiva, no se entendían entre sí.

En ese rico mosaico lingüístico que se encontraron los primeros romanos arraigó con relativa facilidad y rapidez el latín. Digo relativa porque el proceso duró un par de siglos, no concluiría hasta entrada nuestra era, pero una vez culminado nada dejó a sus espaldas. No sabemos muy bien qué hablaban nuestros ancestros lejanos, pero no porque los romanos les prohibiesen hablar su lengua, sino porque ellos la abandonaron generación tras generación por voluntad propia en un periodo relativamente rápido de tiempo. Los romanos allá donde llegaban iban con su idioma, sus costumbres y su administración. Lo único que imponían era lo último, lo demás quedaba al gusto de los conquistados siempre y cuando liquidasen los tributos en tiempo y forma. En buena parte del imperio, especialmente en su parte oriental, el latín no echó raíces porque competía con el griego,

que para el siglo I a.C. era una lengua ya muy extendida y prestigiosa. Eran los propios romanos los que se encargaban de aprender griego, algo considerado de buen tono entre los patricios y de gran utilidad si eran destinados a las ricas provincias orientales de Asia, Siria o Egipto. En la parte occidental sí que consiguió imponerse, razón por la cual hoy en Francia, Portugal o España se hablan idiomas derivados directamente del latín. Esa división lingüística del mundo romano se dejaría sentir siglos más tarde cuando, ya en el Bajo Imperio, Teodosio el Grande repartió sus dominios entre sus hijos Honorio y Arcadio. Al primero le entregó occidente, al segundo oriente. Teodosio el Grande, por cierto, era hispano, había nacido a mediados del siglo IV en la ciudad de Coca, hoy en la provincia de Segovia, aunque algunos especialistas creen que realmente vino al mundo en Itálica, una ciudad romana fundada en el bajo Guadalquivir poco después de terminar la segunda guerra púnica. Hoy las ruinas de Itálica se encuentran a pocos kilómetros de Sevilla. En ellas se puede encontrar un teatro, un anfiteatro, unas termas y una gran colección de mosaicos que adornaban las villas de la ciudad.

A mediados del siglo I a.C. los grandes emperadores hispanos como Teodosio, Trajano o Adriano quedaban aún lejos. En aquel momento la península ibérica se estaba aún latinizando de forma paulatina pero firme. En tiempos de Julio César en las áreas conquistadas durante el siglo II a.C. el latín era ya la única lengua, en el resto el proceso de romanización avanzaba veloz ya que donde llegaba Roma lo hacían las ciudades que no tardaban en comunicarse unas con otras mediante calzadas. Estas ciudades eran a menudo colonias de soldados romanos licenciados de las legiones que recibían del Estado parcelas de tierra y se establecían en un lugar concreto, asegurándose antes de que la tierra era fértil y de que podrían abastecer de agua a los núcleos urbanos mediante acueductos. Así nacieron, por ejemplo, Augusta Emerita, que sería capital de la provincia de Lusitania y que hoy conocemos como Mérida o Caesaragusta, la actual Zaragoza. Augusta Emerita fue fundada en el año 25 a.C. para asentar a los veteranos de dos legiones que habían combatido en las

guerras cántabras. Caesaragusta nació poco después, en el año 14 a.C., y fue poblada por los mismos legionarios que se habían encargado de su construcción.

Eso permitió que las provincias hispanas se integrasen bien dentro primero de la república y posteriormente del imperio. Quedaba, además, una parte de la península sin someter a Roma, toda la cornisa cantábrica habitada por dos pueblos muy arriscados: los cántabros y los astures. Era con diferencia la región más remota de Hispania, la más inaccesible y la más pobre. Seguramente por eso los romanos no habían hecho intención de conquistarla durante el siglo que transcurrió desde las guerras sertorianas y la llegada al trono de Cayo Octavio, más conocido como Octavio Augusto, sobrino de Julio César, que aprovechó en su beneficio la agitación permanente de la república romana para hacerse con todo el poder.

Fue Octavio quien se tomó como algo personal lo de culminar la conquista de Hispania. A diferencia de su tío, un caudillo guerrero que había rendido las Galias, él no tenía una gran campaña de conquista de la que presumir y sobre la que cimentar su leyenda y legitimar todo el poder que había acumulado en su persona. En el año 29 a.C. decidió lanzarse sobre los últimos hispanos que permanecían al margen del poder romano. Viajó personalmente a Hispania y estableció su cuartel en lo que hoy es la provincia de Burgos. Desde allí sus generales establecieron un plan para ir de forma concienzuda sometiendo a los indígenas. Los cántabros y astures eran tipos duros. Augusto llegó a desplazar nada menos que ocho legiones: la I y II Augusta, la VI Victrix, la X Gemina, la IX Hispana, la IV Macedonica, la V Alaudae y la XX Valeria Victrix. La guerra duró diez años y, según se desprende de las crónicas que nos han llegado, muy sangrienta. Valiéndose de la accidentada orografía de aquella región los hispanos emplearon la táctica de guerrillas con éxito, pero su victoria era imposible, para el año 19 a.C. la guerra ya había terminado. Desde ese momento toda Hispania pasó a estar bajo el control de Roma.

Octavio Augusto hizo de la conquista de lo que quedaba de Hispania uno de los principales motivos propagandísticos de sus años

de gobierno. En su representación escultórica más conocida, el llamado Augusto de Prima Porta por ser en ese barrio romano donde se encontró a mediados del siglo XIX, se nos muestra en calidad de general victorioso con una coraza ricamente ornamentada que incorpora relieves alusivos a sus distintas victorias, entre ellas la de Hispania. La alegoría hispana aparece en el costado derecho junto a Marte, dios de la guerra, recibiendo las insignias romanas de un general parto derrotado.

Con Octavio Augusto finalizaron en Hispania las guerras de conquista y se consolidó la romanización. El emperador procedió a reorganizar la administración provincial creando tres provincias: la Tarraconense con capital en Tarraco (Tarragona), la Lusitania con capital en Emerita Augusta (Mérida) y la Bética con capital en Corduba (Córdoba). Siglos más tarde, ya en tiempos de Diocleciano de la Tarraconense se desgajarían dos provincias: la Cartaginense con capital en Cartago Nova (Cartagena) y la Gallaecia con capital en Bracara Augusta (Braga, hoy en el norte de Portugal). La romanización dependía mucho de la vida urbana ya que la ciudad era el centro administrativo y comercial. En origen no todas eran ciudades romanas en sentido estricto. Las denominadas colonias lo eran desde su fundación, generalmente por soldados romanos licenciados de las legiones. Estas colonias eran romanas a todos los efectos y sus habitantes también. Tras ellas estaban los municipios, ciudades indígenas que adoptaban instituciones romanas y permitían a algunos de sus habitantes acceder por méritos a la ciudadanía romana. Por último, estaban las ciudades indígenas, tributarias de Roma, pero sin formar parte de la república.

El norte de la península fue el último en ser romanizado, pero lo fue igualmente, especialmente el noroeste, donde los romanos encontraron cantidades significativas de oro. En lo que hoy es la provincia de León y el norte de Portugal empezaron a explotarse unos yacimientos auríferos muy ricos que dieron lugar a ciudades como Asturica Augusta, la actual Astorga o Lucus Augusti, la actual Lugo. La red de calzadas se extendió con rapidez por la mitad norte de la

península hasta alcanzar el océano y el mar Cantábrico. Cerca de lo que hoy es La Coruña levantaron incluso un faro que, tras muchas transformaciones, aún hoy se mantiene en pie y plenamente operativo, se le conoce como torre de Hércules y es el faro romano más antiguo del mundo aún en funcionamiento.

Las minas contribuyeron mucho a la romanización. Explotarlas y administrarlas atrajo capital y mano de obra. Hispania se convirtió en un importante proveedor de metales preciosos como el oro o la plata, imprescindibles para el sistema monetario romano en el que las monedas de mayor valor como el áureo o el denario se acuñaban en oro y plata respectivamente. En la comarca del Bierzo abrieron una mina de tamaño descomunal para arrancar el oro a las montañas. Emplearon un método conocido como *ruina montium* que consistía en deshacer los montes de la zona mediante un sofisticado sistema hidráulico. Hoy a aquel paraje se le conoce como las Médulas y es de una belleza extraordinaria.

El oro de las Médulas alimentaba a todo el imperio, pero también lo hacía el aceite de oliva de la Bética, la provincia más rica de todas las de Hispania, creada por Octavio Augusto tras la reorganización provincial que llevó a cabo tras hacerse con el poder. Las tierras del sur de Hispania parecían hechas a medida para el cultivo del olivar, algo que los romanos pronto advirtieron transformando la Bética en el principal proveedor de aceite de oliva. Hoy este aceite lo utilizamos básicamente en la cocina, pero los antiguos romanos le daban otros muchos usos, entre ellos el de servir de combustible de los candiles. Hay al sur de Roma una colina artificial que se conoce como monte Testaccio, se encuentra junto al Tíber y tiene más de 30 metros de altura. Está formada en su práctica totalidad de restos de ánforas, casi todas provenientes de Hispania, concretamente de la Bética. Llegaron hasta allí hace dos milenios con aceite de oliva en su interior. Al llegar al puerto de Roma se desechaban, se hacían pedazos y se arrojaban en un vertedero junto al río que terminó por formar esta peculiar colina hecha de barro hispano. El monte Testaccio permite hacernos una idea de cuán intenso fue el comercio de Hispania con

el resto del imperio, un comercio en el que los hispanos se integraron sin problemas ya que, para inicios del primer siglo de nuestra era, la península había sido asimilada al mundo romano en su práctica totalidad.

En la segunda mitad del siglo I con el emperador Vespasiano todas las ciudades hispanas que no se habían constituido como municipios pasaron a serlo gracias al edicto de latinidad. Esto permitía a cualquiera que ostentase una magistratura dentro de la ciudad obtener la ciudadanía romana con los privilegios y las obligaciones que ello entrañaba. Siglo y medio más tarde otro emperador, Caracalla, concedió la ciudadanía romana a todos los habitantes del imperio mediante la *Constitutio Antoniniana*. Lo hizo por motivos fiscales ya que correspondía a los ciudadanos romanos liquidar una serie de impuestos. El emperador estaba en aquel entonces muy apurado financieramente por las cada vez más costosas campañas militares en la frontera norte y necesitaba el dinero con urgencia.

Cuando Caracalla hizo ciudadanos a todos los hispanos la península ya estaba plenamente romanizada. Dos grandes emperadores del siglo anterior (Trajano y Adriano) habían salido de Hispania que formaba en todos los ámbitos parte del orbe romano. La economía peninsular había quedado integrada por completo en la del imperio y también la cultura. Filósofos, escritores y tratadistas nacidos en Hispania como Lucio Anneo Seneca, Lucano, Marcial, Quintiliano, Pomponio Mela, Prudencio o Columela eran muy reconocidos en todo el imperio y, especialmente, por los propios romanos de la capital. Seneca y Lucano eran cordobeses, Marcial de Bilbilis (Calatayud), Quintiliano de Calagurris (Calahorra), Pomponio Mela de Iulia Traducta (Algeciras), Prudencio de Caesaragusta (Zaragoza) y Columela de Gades (Cádiz). En todos los casos provenían de ciudades ya bien asentadas que han perdurado hasta nuestros días.

En esa Hispania que ya hablaba latín y participaba de la cultura y la civilización romana a igualdad de condiciones con otros pueblos del Mediterráneo, penetró el cristianismo, una religión nueva originada en las remotas provincias orientales del imperio. Desconoce-

mos cuál fue el primer hispano en convertirse y dónde lo hizo, pero para el siglo III la nueva fe ya había entrado en Hispania, seguramente a través de los soldados que servían en la Legión VII Gemina, que desde el año 69 tenía su campamento en el norte de la meseta, justo en el lugar donde se asienta la ciudad de León, a quien debe su nombre. Los legionarios provenían de todos los rincones del imperio e iban rotando, es probable que algunos llegados desde oriente o desde el norte de África, donde el cristianismo se extendió antes que en la península, trajesen consigo la nueva fe. No lo sabemos, pero el hecho es que, en las persecuciones que desató el emperador Diocleciano a finales del siglo III, cayeron algunos cristianos hispanos que hoy forman parte del santoral. Las patronas de Sevilla, por ejemplo, Justa y Rufina, dos hermanas que vivieron en la segunda mitad del siglo III fueron martirizadas por el prefecto local. Los niños Justo y Pastor de Complutum (Alcalá de Henares) corrieron la misma suerte unos años más tarde. Tras el edicto de Milán, promulgado en el año 313 por el emperador Constantino, el imperio se cristianizó a gran velocidad porque se convirtió en la religión del Estado. Hispania no fue una excepción. Al tratarse de un conjunto de provincias ricas, especialmente la Bética y la parte costera de la Tarraconense, que ya estaban muy urbanizadas, hubo unos cuantos hispanos que contribuyeron a la consolidación del cristianismo en todo el imperio y participaron activamente en los acalorados debates que se produjeron en su seno durante los dos primeros siglos. El cordobés Osio fue el autor, por ejemplo, del Credo de Nicea, aprobado en un concilio que presidió el mismo Osio. Hoy para la mayor parte de las iglesias cristianas este credo constituye el símbolo de la fe. Las conclusiones de Nicea no gustaron a todos. Potamio, obispo de Olisipo (Lisboa), se pasó al arrianismo, una herejía difundida por Arrio de Alejandría que negaba la divinidad de Jesucristo. Otro hispano de nombre Prisciliano, natural de la Gallaecia, creó en el siglo IV su propia herejía, el priscilianismo, algo que le salió muy caro porque el emperador Magno Máximo le condenó a muerte. Paulo Orosio, un teólogo nacido en Braga, colaboró muy de cerca con San Agustín y San Jerónimo y

su obra tuvo gran influencia en todo el orbe cristiano durante los siglos siguientes.

Que el idioma, la cultura y la religión se moviesen a una velocidad tan rápida se debió a la unidad política y administrativa que emanaba del imperio, cuando esta se esfumó los romanos de Hispania quedaron aislados y emprendieron su propio desarrollo. Pero no se volvería a los momentos anteriores a la conquista porque era imposible que así fuese. La Hispania del siglo v era muy distinta a la del siglo II a.C. Las lenguas indígenas habían sido ya completamente olvidadas con la excepción del vascuence, un idioma que aún no se sabe muy bien de dónde viene (del latín no, definitivamente) y cuyo uso se ha mantenido en las montañas del norte hasta el momento presente. Esa comunidad lingüística, cultural y religiosa que había conformado la romanidad durante seis largos siglos de aculturación empezó a partir de entonces a evolucionar por su cuenta. Cuando los pueblos bárbaros irrumpieron en la península a principios del siglo v no se encontraron nada esencialmente distinto a lo que habían visto en otras partes del imperio. Unos pasaron de largo y se encaminaron hacia África, otros se quedaron y se fundieron con el paisaje creando sobre las antiguas provincias romanas un reino independiente.